

LOS GRAZNÁPALOS

Guillem Carbonell

Borrador

La luz del sol no es renderizada. Un haz impacta en mi cara y me hace temblar. La humedad pega la ropa a mi espalda. El portón todavía tiembla mientras asciendo la escalerilla.

—¿Qué ves?—, pregunta Arctur.

Las atalayas, a lo lejos, no son como imaginaba.

Nacimos en una de las colmenas de Danselu Cinco. Por las mañanas, nuestra Madre servía te y nuestro Padre preparaba las tostadas. Pasábamos medio día en el colegio, y las tardes jugando en familia.

Cuando tenía cinco años, Somerytech inventó la Holoconsola. Estuvimos tres veranos cautivados con *Piratas Espaciales*. Luego, mis amigos y yo fundamos el Club de Lumas para apuntarnos a los arenas globales. Durante el instituto, competí en las finales mundiales. Quedamos terceros entre seiscientos nueve equipos.

Mi familia me animaba a competir contra gente de todos los puntos del globo. Mi madre conocía estrategias de asecho y mi padre era bueno con las trampas. Yo heredé la inquina de ambos. Les hacía ilusión verme luchar blandiendo sus armas. Me colocaba las gafas y el

mundo a mi alrededor se convertía en una alegoría virtual. Entonces me convertía en la persona que mis padres adoraban.

En la sexta ronda de la final en Hong Kong, un coreano, Sunai y yo éramos los únicos que quedaban vivos. Desde mi cubo se escuchaba el rumor del público. Gyeong ya estaba en la base de Colina Delta, al sur de Nemei. Había robado una tanqueta y convencido a los bots para que la defendiesen. Busqué durante una hora hasta encontrar otra pista: un grupo de No Jugadores barría las playas y destruía las barcas que nos llevaron allí. Su dueña les había encargado la tarea mientras ella encontraba el cofre en el faro.

—*Quo vadis?*— preguntó Sunai a mis espaldas. Llevaba un traje que le hacía parecer un maniquí de cristal.

Todavía no me había girado del todo cuando empezó a vaciar un cargador por todo mi cuerpo. La multitud ensalzaba su camuflaje holográfico. Su avatar se reveló conforme su figura acuosa se desvanecía. Recibí mi puntuación y dejé las gafas en su atril. Fui a cobrar el dividendo de las entradas pensando que la gente se reiría del fracaso, pero mis padres y los transehuntes se mostraban agradecidos porque hubiese llegado tan lejos. Mi hazaña era un hito para Danselu Cinco.

—No todas las colonias se hacen un hueco en la historia—, decía mi padre. Me invitó a un batido y fuimos al cine aquella misma tarde. Luego compramos algodón de azúcar de siete sabores, jugamos a los bolos y de vuelta nos topamos con fuegos artificiales; apenas se notaban los píxels del cielo animado.

Días más tarde mi madre me llevó a la biblioteca. Abrió un bolsito de tela sintética y me entregó una memoria digital.

—Feliz cumpleaños, nene.

—¿Qué es?—, le pregunté.

—Son créditos para que te compres lo que quieras, y hay algo más.

—¿Qué más?

La victoria social me había hecho avanzar posiciones en La Curva. La semana anterior estaba en el percentil veintitrés, y de súbito mi nombre había saltado hasta el cincuenta. La probabilidad de ser un Elegido había aumentado exponencialmente. Subiría hasta el olimpo de aquellos pocos a los que se les permite vivir en la superficie.

—La Tierra—, decía mi profesor—, es un lugar muypreciado como para ser disfrutado por cualquier.

Solo los Elegidos merecían vivir en El Olimpo; una polis construida sobre cada colmena, que vivía conectada políticamente con otras similares. En los noticiarios sus parlamentarios siempre se daban la mano o se pegaban palmaditas en la espalda.

—Un gobierno fundado en la meritocracia, que premia la pericia y la sabiduría.

Para el resto, quienes vivíamos en las ciudades-vitrina que nos aislaban del mundo exterior, quedaban los juegos en red y las artes escénicas, sobre las que opinaban aquellas personas que habían ascendido. Los Elegidos comentaban quién debería ser elegido, y una vez al año un puñado de ellos subía en unos ascensores que emergían del cielo.

Los mirábamos desde la azotea, con nuestros dos perros robóticos dando vueltas por ahí. Mi madre se mordía el labio, ariando en deseos de subir allí. Era una veterana del Club de Juegos de Cartas, voluntaria a tiempo parcial con estudiantes ciegos, fiel consumidora de Salchichas Solidarias; estaba convencida de que la Historia tenía motivos para recordar su nombre.

—Antes, todo el cielo era azul. Mi Abuela se lo contó a la tuya.

—¿Quién lo hizo ser así?

—La Última Guerra, Hijo— contestó mi Padre—, la última desgracia que sufrieron los seres humanos. En aquel tiempo donde se cometieron muchas atrocidades.

—Fue una época confusa—, se justificaba mi Madre.

>>Mucha gente comentó barbaridades porque no tenía otra forma de solucionar sus problemas.

Los supervivientes tardaron décadas en poder organizarse, hasta que las colmenas solucionaron cualquier incidente. El páramo nuclear en el que se había convertido la Tierra no permitiría que los homínidos durasen mucho más tiempo. Se escondieron en tarros estancos, con pocos operarios fuera, e hicieron vida como si nada. Mientras, la terraformación devolvía el lustre vital al planeta.

Cuando la hierba volvió a brotar la Humanidad consideró salir, pero el miedo a nuevos conflictos hizo que solo un puñado de personas de cada polis fuesen las representantes en el Mundo de Arriba. Las demás criaturas se quedaron en sus tarros de realidad simulada.

Volví a quedar finalista en otros siete campeonatos, y tres años después gané la copa del mundo. Al quinto la megafonía dijo mi nombre. Mis padres lloraron como críos, imaginándome bajo la luz de un sol puro en una atmósfera limpia. El rocío aún bañaba el campo durante las mañanas y el ganado pastaba en *polders*.

Me despedí de mis juguetes, de mi familia, de las mascotas eléctricas. Cogí el set ligero de interacción holográfica y volví a abrazar a mis padres. LSupé que me faltaría algo pero no me preocupaba; como era

costumbre, los Elegidos bajaban de vez en cuando para visitar a sus semejantes.

Subí a la plataforma y el Paraíso me llamó. Ascendí a los cielos entre vítores, con algo de equipaje. Éramos una docena de personas que reemplazaría el puesto de los ciudadanos del Paraíso fallecidos durante el último mes. Heredaríamos su rol social, y tendríamos que aprenderlo o reinventarlo.

Cuando cruzamos el límite del cielo, vi esos píxels gruesos como pulgares. Sus colores eran más brillantes desde tan cerca. Entré en un túnel vertical deslumbrado, y cuando creí recuperar la visión reinaba el silencio. Estaba sumido en una oscuridad pcasi erfecta. Algún ingeniero había instalado una lucecilla para que no pensásemos que estábamos locos.

—¿Hola?—, pregunté varias veces. Nos tuvieron allí como un cuarto de hora.

Todo comenzó a moverse. Vomité encima la última cena, una hamburguesa *Lummlerjack Monkey* con soda *Adonis* y bizcochos borrachos; buena definición de la *comida basura*. Antes de marcharme quise brindarme un manjar cáustico. La luz del sol tenía como precio comer sano el resto de tu vida. Tras ver la mezcla de lo que había en mi estómago, decidí comprometerme con la idea.

Cuando llegamos el suelo crujió y caímos ligeros. Los ascensores se habían transformado en cápsulas sobre un camión que nos cargaba. Fuimos gaseados y despertamos sin apenas recordarlo limpios, en pijama y muy relajados.

Unas manos me habían estado guiando. Lo siguiente que puedo traer a la memoria es un anfiteatro lleno de gente en ropa de estar por casa, mirando a uno de esos enclenques rojos que se hacen llamar Graznápalos. Son condes de los cielos que están aquí para

dominarnos. Bebía un te rojo con sabor a gasolina mientras escuchaba. Mi mente fue recobrando la compostura.

Vivimos en un planeta poblado por alienígenas. Parasitaron a los terraformadores y han trazado un esquema para dominarnos. Cuando todo estuvo listo, bajaron para anunciarnos que podíamos subir.

La Tierra es un erial sumido en un invierno nuclear. Jamás repararon la atmósfera y nos mantienen en dioramas de lo que era nuestra vida. La basura que generamos les ayuda a sobrevivir. Reciclan nuestros desechos para extraer ADN.

Quieren que aspiremos al Paraíso para que nos matemos entre nosotros, como hacía la gente ansiosa por escalar puestos en La Curva. Mientras nos guardan en Infiernos privativos, utilizan nuestro genoma para reparar ej suyo. Ignorantes la gran mayoría, los humanos y los Graznápalos nos convertimos en simbioses hace mucho tiempo.

Nuestra contraparte celebra este holocausto provocado por la energía atómica, pues los Graznápalos viven de procesar los restos de estas reacciones; su piel recibe los residuos nucleares y la radiación hace el resto. Mi compañero Stanley lo llama *radiosíntesis*. El único inconveniente es que sus células terminan deteriorándose.

Producimos su activo vital número uno mientras cosumimos. Nos tienen atolondrados con videojuegos, historietas y sexo. Acaban de salir a la venta las Holoteca XIII.

Patrick era un irlandés que no cerraba la boca. Nos llevaba a la taberna siempre que podía. Teníamos ocho horas a la semana para nosotros mismos, entre sesiones de gimnasia, alimentación y estudio obligatorio. De tanto en tanto nos hacían aparecer entre los pobres desgraciados de las ciudadelas. Nuestras familias nos tocaban como si fuésemos Cristos Resucitados al pormenor.

Recuerdo a mis padres llorar y abrazarme. Antes de bajar me habían sedado y no pude contarles la verdad. Nanomáquinas en mi tronco encefálico limitaban mis gestos. Se me veía tan bien que todo el mundo pensó que mis lágrimas eran de alegría.

Subí otra vez al Cielo pensando en vengarme. Un par de veces por semana éramos conectados en partidas contra la gente de las ciudades cavernarias. Mi cara se podía ver ocupando una cuarta parte del cielo. Todo el mundo escucharía lo que tengo que decirles.

Aproveché el barullo de las copas y la música folklórica para atrapar la atención de Stanley. El camarero nos servía tequilas en la cantina.

—Voy a contrarlo.

No dijo nada durante unos segundos. Apoyé la espalda contra la máquina de tabaco. Su amiga Sara se compraba unos pitillos de tabaco rubio en el economato automático.

—¿Brindamos?—, huginó Stanley clavado en sus ojos verdes.

El resto de la noche transcurrió como de costumbre, vomitando en los retretes prefabricados de un patio en el que se veía el cielo. La hora terrestre no correspondía a nuestro horario. A altas horas de nuestra madrugada, el sol brillaba entre la bruma y ante un techo translúcido.

Quince días después, Sara apareció con su harpa. Me pidió que la sujetase y escurrió una nota entre mis dedos y su funda. Se ató los cordones y nos despedimos como conocidos.

Aquella noche, en mi apartamento, abrí el papel dentro de la ducha. El vapor del agua caliente casi estropea el texto. Decía que tenía una cita en media hora en la trastienda de un cibercafé.

Deshice una bola de papel de aluminio que había amagado durante el almuerzo. Forré mi documentación para cortar la señal, y tiré aquello por el retrete. Aquella situación superaba mi límite intelectual. La urgencia por vencer la autoridad gritaba más alto que mi sentido del peligro.

Me vestí de fiesta con unas gafas horribles. Más Elegidos se paseaban a esas horas de la noche, disfrutando del ocio nocturno de la calle comercial. Me dejé pasar por el *Net Kombat* un par de horas, jugando contra los bots para que no me obligasen a usar narcóticos. Mi rabia sería creciente y no podría decirle nada a aquellas personas atrapadas en los cubos de basura gargantuescos.

Antes de las doce fui al baño y me desvestí el equipo de realidad virtual. Me quedé en la segunda letrina como me habían dicho. Esperé a que las luces se apagaran, y contuve la respiración. El exterior tras mis párpados paso de bermejo a mortecino. Sólo quedaban en marcha los pilotos de emergencia. Contuve el apremio abrazando un puñal improvisado. Alguien abrió la puerta y se sentó en el otro retrete.

Su risa era mezquina. Los Graznápalos me la habían jugado.

—Va, venga, sal. ¿Te crees que no sabemos que estás ahí?—, preguntó el que había entrado en el otro retrete.

Caminé como un idiota fuera de mi escondite.

—Es como tirar de la cadena al revés—, dijo su compañero desde la pileta. Cada vez encendía más luces, haciéndome quedar como un cretino.

Me han sentado en una silla y no puedo moverme. Nadie me ha drogado pero estas bridas son insalvables. Como estoy dentro de una cápsula unipersonal, gritar carece de sentido. A unos palmos tengo a Sara y al otro lado a Stanley. Están tan asustados como yo, y no dicen palabra. El sol del exterior los pinta de bermejo al anochecer.

Unos túneles nos elevan a un graderío lleno de público. Miles de Graznápalos rien y vitorean. Nos quitan la protección transparente y un gran sacerdote se acerca hasta nosotros. Es algo más violáceo que el resto. Subido en el púlpito, es recibido por otro importante ministro antes de hablar al micrófono:

—¿Que nos diferencia a los Graznápalos del *resto de los animales*?

Se hace el silencio.

—¿Qué os diferencia a vosotros, humanos, del *resto de los animales*?

Nadie dice nada. Uno de aquellos seres rojos comienza a impacientarse.

—¡Díselo ya!

Un enorme grupo chista al indiscreto. Luego le recriminan en voz baja.

—¿Qué nos diferencia a las especies inteligentes del *resto de los animales*?

Sara esta tensa. Quizás tema como yo que terminen diseccionándonos para su divertimento, como enseñan de vez en cuando en vídeos del registro documental.

—¡Vé al grano, capullo!— le gritó ella al sacerdote.

La multitud prorrumpe en una algarabía de risas y vítores. Todo el mundo esperaba que el tipo dijese "los elegidos son los padres", o algo así. Algunos ya comentan la jugada, pero la mayoría les pide callar, atónita a nuestras caras confusas en pantallas gigantes.

El orador manipula tras su nuca y suena una cremallera. La cara demoníaca del graznápalo comienza a transformarse en un dragón arcano. Es la máscara deformada de un humano disfrazado, que se quita el resto del disfraz de atrás adelante.

Ninguno de los tres da crédito y todo el mundo se ríe.

Una mujer canosa aparece dentro de una túnica. Retira el resto de su vestimenta excéntrica y vuelve al micrófono.

—Somos nosotros, Cariños, siempre hemos sido nosotros.

—¿Qué?—, grita Stanley.

El resto de Graznápalos han comenzado a quitarse el disfraz. Desaparecen las caras de demonio y aparecen las caras de personas, sanas y felices como ángeles del Paraíso.

—Siempre hemos sido humanos—, dice la mujer.— Pero no todos tienen derecho al mismo Paraíso.

>> Vosotros sois de los que se sublevan. El resto de la gente se contenta con lo que tiene. Unos con más, otros con menos, pero se encuentran agusto sin descubrir más allá de ciertas limitaciones. Solo una porción de las vidas humanas luchará por ser absolutamente libre.

>> Hace tiempo concluimos que ése era el Paraíso: un mundo de personas que buscan respuestas, no un lugar para el conformismo. Lo de los Elegidos y los Graznápalos es suficiente para la mayoría.

La superficie sana de la Tierra sólo la merecen personas celosas por la justicia social. Todos los aquí presentes descienden de terraformadores o Elegidos. Han convertido el mundo antiguo en un paraíso próspero porque aman su creación y se sienten responsables de su propia utopía. Utilizan androides para cosechar verduras frescas, fabrican con elementos simples y comercian con las colonias de Marte.

Nos invitaron a una opulenta cena en una terraza griega, pero antes de la cita nos dieron una ducha y nos vistieron siguiendo sus costumbres. Un deportivo nos llevó hasta una masía entre olivos llamada Villa Franca. Un solícito ayudante de la familia se adelantó a la Marquesa de Oswalde, cuyo marido se encontraba en aquellos momentos en una cacería.

El matrimonio sirvió un par de gallinas recién sacrificadas, cocidas con cebolla, aceitunas, ajo, romero y patatas en aceite de oliva y sal gruesa. En los cubos habríamos pensado quecualquier cosa hidrogenada era un manjar, y con los Graznápalos creíamos que las verduras cocidas eran algo decente, pero este día fue un salto en mi consciencia sobre el sabor de los alimentos. También había sardinas en conserva, una ensalada de la huerta personal del nuero del Conde y algo de pan levantino con *baba ganoush*.

—Están aquí porque merecen ser parte de esta revolución—, dijo el hidalgo entrado en años.

—¿Qué revolución?—, preguntó Sara con la boca llena, sin cuestionar las dádivas. Cerca de un pequeño lago los grillos amilanaban el atardecer cálido.

—La revolución de lo exquisito, querida— contestó la anfitriona.

>> Una revolución en la que el Universo da a cada cual aquello a lo que aspira.

Aquella noche reímos bastante con un *Reserva de Duero*. Seguía echando de menos a mis padres, pero me dijeron que por eso no habría problema. Ellos no podrían subir, pero me dejarían visitarles con algo más de frecuencia. Pese a los inconvenientes, eran tan felices como mis amigos, consumiendo humor blando y experiencias triviales, satisfechos de conocer a un Elegido. Disfrutaban el calor de la redes sociales, las fiestas y presumir ante sus semejantes. No me costó acostumbrarme a la idea de que mi historia y mi legado fuese remanso de mucha menos gente.

Trabajo en el programa Arconi-Kayenne, y el cohete está muy avanzado. Llevan treinta años haciendo pruebas en órbita y ahora planean moverse hasta Titán. Cuando hayan plantado sus sondas por todo el Sistema Solar, será hora de minar la estrella para saltar hasta los exoplanetas cercanos.

En los modelos teóricos sabemos casi todo lo necesario. Nuestra ciencia de la simulación ha provocado un salto cámbrico en la experimentación empírica. Dentro de los cubos utilizamos esta tecnología para recrear experiencias lúdico-festivas, pero aquí arriba casi sabemos cómo saltar entre dos estrellas utilizando la deformación gravitacional de una tercera.

Hemos convertido los deshechos en lingotes y los lingotes en pasaportes a un futuro prometedor. No funcionamos con dinero, sino con un *token* en función de la producción automática. Me han regalado una parcela cerca de unas cuevas y un riachuelo helado. El

beneficio que me sobra lo gasto en mi afición por la escultura.

Personas con gafas de realidad virtual caminarán por otros mundos. El equipo de telemetría ha añadido un sistema de recreación para pre-simular la situación y anticipar los minutos de retraso. Discutimos en la sauna o el gimnasio y nos reunimos ante pizarras digitales. Me siento satisfecho con mi trabajo.

Ahora bebo algo de te antes de dormir. Estoy emparejado con una persona bellísima, y hablamos de cómo ha ido el día en una pérgola ante el viñedo sur. La luna baña de blanco las uvas jóvenes. La serenidad me colma bajo el arropo del cielo estrellado. Nos abrazamos mirando un cohete ascender, sin más música que la de su motor rugiendo entre andamios corintios. Su combustión alumbra los rostros marmóleos de mi familia de piedra. Ella me pide que talle la suya.